

~ Notas ~

México 1960-1994: identidad nacional y literatura

JAIME CARDOSO*

Resumen:

Este artículo hace un recuento del concepto de identidad en la política y en la literatura de México durante la última mitad del siglo XX. Se analiza aquí cómo el Estado mexicano construye un concepto de identidad que se verá modificado por los acontecimientos políticos, sociales e intelectuales. Además, se repasan algunos de los principales paradigmas que motivaron la política sobre la identidad así como los debates que se dan en torno a ese concepto en los diferentes medios intelectuales como revistas y obras literarias. Fenómenos como la globalización, la pugna por la autonomía de los pueblos indígenas, las manifestaciones de la comunidad gay etc. son yuxtapuestos con obras relevantes al tema tanto literarias como antropológicas, históricas y sociales que se publicaron en las décadas estudiadas.

Palabras clave:

Identidad nacional, Mexico, literatura y política, debates intelectuales, liberación nacional, literatura mexicana siglo XX, revistas intelectuales.

La tradición antropológica se ha ocupado del concepto de identidad desde el difusionismo de Friedrich Ratzel (1844-1904), el par-

* Arizona State University.

ticularismo histórico o relativismo cultural de Franz Boas (primera mitad del siglo XX), el funcionalismo estructural de Bronislaw Malinowsky (1932), la ecología cultural de Julian Steward (1955), la antropología de la pobreza de Oscar Lewis (1961) y el Materialismo Cultural de Marvin Harris (1989), entre otros autores y corrientes teóricas. En Latinoamérica encontramos una extensa tradición al respecto en los ensayos de Andrés Bello, Simón Rodríguez, Domingo Faustino Sarmiento, José Martí, Augusto Rodó, José Carlos Mariátegui, Manuel González Prada y Fernando Ortiz. En México se ocuparon del tema Manuel Gamio, Alfonso Caso, Julio de la Fuente, Gonzalo Aguirre Beltrán, Mariano Picón Salas, Pedro Henrique Ureña, Alfonso Reyes, José Vasconcelos, Leopoldo Zea, Rosario Castellanos, Samuel Ramos, Octavio Paz, entre otros. Es decir, el debate sobre la identidad nacional ha sido y es un tema recurrente.

En este trabajo nos proponemos realizar un recuento histórico que revele el resquebrajamiento del concepto de identidad construido por el Estado mexicano, desde los años sesentas hasta mediados de los noventas del siglo que recién finalizó, identificando cómo la literatura debatió en torno a la idea de “lo mexicano”.

En el continente americano el surgimiento de diversos movimientos sociales impulsados desde la sociedad civil en los años sesentas y setentas, motivó un particular interés por el concepto de identidad. Eran años cruciales en la transformación del imaginario social debido a que la intelectualidad y la sociedad civil cuestionaron el concepto de identidad nacional promovido desde los gobiernos, las élites en el poder y la izquierda tradicional. Surgieron entonces teorías que cuestionaron paradigmas hasta entonces dominantes, provenientes del funcionalismo, entre otras corrientes. Aparecieron, por ejemplo, escuelas inspiradas en la teología de la liberación de Gustavo Gutiérrez Marino y Leonardo Boff, en la pedagogía del oprimido de Paulo Freire y en la teoría de la dependencia de Fernando Henrique Cardoso, Enzo Faletto y Ruy Mauro Marini. Además, surgieron movimientos e ideologías inspirados en la Revolución cubana y en el gobierno socialista de Salvador Allende en Chile. Mientras tanto, Centro y Sudamérica vivían sendas

dictaduras militares. Nicaragua, El Salvador y Guatemala estaban enfrascados en guerras intestinas, mientras que en México el Estado hacía frente a movimientos sociales que culminarían en hechos sangrientos como la represión a estudiantes en Tlatelolco en 1968 y el “Jueves de Corpus” en 1971. Paco Ignacio Taibo II describe así los años siguientes al 2 de octubre:

En México, después del movimiento del 68, la mayoría de las fuerzas de la nueva izquierda optó por el trabajo de masas, la organización social. Millares de estudiantes se movilizaron hacia el movimiento sindical, la lucha barrial o el lento trabajo de colaboración con insurgencias campesinas. Una minoría optó por las acciones armadas. Nunca hubo grandes simpatías entre unos y otros. Se cruzaron acusaciones de ‘ultras y reformistas’. La guerrilla nunca se interesó por el trabajo popular, enloquecida en una espiral de enfrentamientos menores con policía y ejército que conducían a nuevos enfrentamientos, hasta su final aniquilamiento a manos de la policía. (153)

En efecto, a lo largo de los años setentas el estado desataría una guerra sucia en contra de la disidencia, reprimiría movimientos populares y eliminaría a la prensa crítica como fue el caso de la directiva del periódico *Excélsior* encabezada por Julio Scherer García (quien después fundaría la revista *Proceso*). Más tarde, en los años ochenta, el impacto de la globalización, el desarrollo del capital transnacional y el rol protagónico de la sociedad civil serían definitivos para la construcción de nuevos paradigmas teóricos sobre la identidad. En la mesa de discusión aparecieron conceptos poco atendidos, debatiéndose en torno a lo nacional y lo global, la sociedad civil y la nación-estado, los mercados globales y los nacionalismos, lo urbano y lo rural, los partidos políticos y los medios masivos de comunicación, los nacionalismos y el neoliberalismo económico, la modernización y las culturas indias, la cultura de masas y las contraculturas principalmente de los jóvenes, la migración y la aculturación. Los intelectuales dejaron de lado, por insuficiente, aquel

paradigma que veía a la lucha de clases como el motor único del desarrollo social cuyos protagonistas serían la burguesía y el proletariado con la exclusión de otros actores sociales.

De esta manera aparecieron investigaciones y ensayos con nuevas perspectivas y paradigmas. Los trabajos de Antonio Cándido (1991), Darcy Ribeiro (1992), Roberto Fernández Retamar (1973) y Ángel Rama (1984), por un lado; las investigaciones de Guillermo Bonfil Batalla, Rodolfo Stavenhagen, Héctor Díaz Polanco, Néstor García Canclini, Beatriz Sarlo, Walter Mignolo, José Joaquín Brunner y Jesús Martín Barbero, por el otro, así como las crónicas de autores como Carlos Monsiváis, Elena Poniatowska y José Joaquín Blanco muestran el amplio debate que en torno a las identidades sociales se desarrolló en aquellos años.

En la década del noventa, los estudios sobre la identidad se vendrían a agrupar –bajo una mirada multidisciplinaria– en lo que hoy conocemos como estudios culturales. Como John Beverly señala en su prólogo a *La articulación de las diferencias*, las investigaciones sobre la cultura en Latinoamérica, más que propiciar un diálogo entre las disciplinas, asumieron el reto de permear sus fronteras. Es decir, los intelectuales reconocieron la importancia de recurrir a la interdisciplinarietà para dar cuenta de fenómenos tan complejos como el de las identidades nacionales.

Poco más tarde, aparecería el tema de las autonomías, impulsado, entre otros hechos, por los acontecimientos ocurridos en México en 1994, cuando indígenas del estado de Chiapas tomaron las armas en contra del Estado. La intelectualidad debatió los acontecimientos a través de ensayos y artículos periodísticos. Por ejemplo, la revista *Vuelta* dirigida por Octavio Paz publicó en febrero de 1994 el suplemento “Días de prueba” donde diversos intelectuales debatieron sobre el movimiento zapatista. Después, en el mes de marzo del mismo año, el mismo Octavio Paz publicaría un breve artículo titulado “Chiapas: hechos, dichos, gestos”. La revista *Proceso* y el periódico *La jornada*, entre otros medios impresos, dedicaron sendos espacios a notas informativas, crónicas y artículos de opinión sobre los hechos. La televisión, particularmente Televisa, y

las cadenas de radio nacionales siguieron siendo eco de las políticas estatales y atacaron el levantamiento indígena.

De esta forma, “el país entra en el 94 con una insurrección y nadie excepto los alzados, entiende nada”, escribe Paco Ignacio Taibo II (148). Lo que sí fue evidente es que la insurrección logró “romper la falacia de un México que quería entrar al primer mundo dejando fuera una parte de sí mismo, quizá la mejor, esos indígenas chiapanecos” (Taibo II 158).

Ya en el presente milenio, en México como en el resto de Latinoamérica continuó el debate sobre las identidades nacionales, las autonomías indígenas, las industrias culturales y el neoliberalismo. Los conflictos postelectorales y las disputas étnicas nacionales mostraron que hay muchas lagunas –teórico y prácticas– que resolver. Los estudios culturales como espacio de coincidencia de las disciplinas sociales se ocuparon en definir y replantear el concepto de identidad.

En este sentido, Abril Trigo en su prólogo a *The Latin American Cultural Studies Reader* y en “The 1990s: Practices and Polemics within Latin American Cultural Studies. Introduction”, ha señalado con precisión el propósito de los estudios culturales: analizar la producción simbólica y las experiencias de vida en la realidad social y, en el proceso mismo de la investigación, producir el objeto de estudio a investigar. Es decir, en Latinoamérica estos estudios se definen por la construcción epistemológica de su objeto, pero además por su continuidad histórica, la cual tiene su implosión en los años sesentas y setentas.

Aquí cabe subrayar que la idea de nación e identidad promovida por el estado mexicano después de la Revolución y hasta los años cincuentas y que sufrió un resquebrajamiento en los sesentas y setentas, tuvo un giro que podemos percibir en la producción literaria y en el posicionamiento de los intelectuales respecto al tema. Y es que, como sostiene Maya Lorena Pérez Ruiz:

Contra todas las predicciones de llegar a los años dos mil con una sociedad homogénea, el final del siglo XX y el principio del XXI están acompañados de un resurgimiento de los con-

flictos étnicos en todo el mundo. Así lo sugieren cuando menos los cruentos enfrentamientos que han vivido en la actualidad los serbios, los croatas, los musulmanes, los judíos, los vascos, los rusos, los chechenios, los negros, los indígenas, y muchos más. (116)

Pero además, dice la misma autora, el paradigma funcionalista integracionista que hoy nos parecería obsoleto:

[...] en la actualidad continúa discutiéndose bajo nuevos paradigmas teóricos, debido al resurgimiento del conflicto étnico y a la emergencia del pensamiento neoliberal que ha fortalecido la idea de que la secularización, la individualización, la modernidad y el desarrollo integral constituyen momentos secuenciales de un mismo proceso que necesariamente debe conducir a la libertad, el bienestar y la justicia para todos. (126)

Ahora bien, como decíamos, todo este cuestionamiento de las identidades impactó a la literatura, incluyendo novela, cuento, ensayo. En efecto, en los sesentas la producción literaria de escritores que años atrás había dejado una profunda huella en las letras gracias a su exaltación del nacionalismo ya no encontró audiencia. Es el caso, por citar un ejemplo, de Agustín Yañez con *Tres cuentos* (1963).

Era una década que llevaba la marca de Juan Rulfo, José Revueltas, Juan José Arreola y Carlos Fuentes. Rulfo con *Pedro Páramo* (1955) y *El llano en llamas* (1953); Arreola con *La feria* (1963) y *Confabulario* (1952); Revueltas con *Los errores* (publicado por ERA en 1979 en sus obras completas), *El apando* (1969), *México 68: juventud y revolución*; y Fuentes quien, después de *La región más transparente* (1959), publicó sus obras maestras *La muerte de Artemio Cruz* y *Aura* (1962). Todos estos escritores mostraron, desde su particular estrategia narrativa, un México diferente a aquel promovido desde el Estado mexicano.

Lo mismo ocurrió con los trabajos de Josefina Vicens (1911-1988), Rafael Bernal (1915-1972), Edmundo Valadés (1915-1994), Elena Garro (1920-1998), Jorge López Páez (1922), Ricardo Garibay (1923-1999), Luis Spota (1925-1985), Rosario Castellanos (1925-1974), Sergio Galindo (1926-1993) y Amparo Dávila (1928), quienes de alguna u otra manera participaron de esos cambios. Según José Luis Martínez, precisamente este grupo de escritores se distinguió por el hecho de que por primera vez “gozaron de una libertad de imaginación novelesca ajena a las obligaciones generalmente morales y políticas que imponía el nacionalismo cultural” (213). Y en efecto, todos ellos disolvieron la utopía de lo campirano, descubrieron la ciudad moderna, utilizaron el habla popular y emplearon las experiencias intertextuales. Los espacios que cada uno encontró para dar a conocer su obra fueron, entre otros, la editorial de la UNAM dirigida por Jaime García Terrés y los suplementos culturales de Fernando Benítez (“México en la cultura” de *Novedades* y *Siempre*, “Sábado” de *Uno más uno* y “La jornada semanal” de *La jornada*).

Por el lado del ensayo, el *Laberinto de la soledad* de Octavio Paz, cuya primera edición apareció en 1950, impactó el debate sobre la llamada “mexicanidad” ya abordada desde los treinta por Samuel Ramos en *El perfil del hombre y la cultura en México*. Entre las perspectivas teóricas empleadas por Ramos y Paz estaba el psicoanálisis. Se trataba de una moda. Primero Young y Adler, después Erich From y Wilhem Reich sacarían de los límites del consultorio las teorías de Freud, interpretando como psicológicos determinados hechos sociales. Paz en la sección “Vuelta a *El laberinto de la soledad*” añadido al *Laberinto* en ediciones posteriores, señaló así los propósitos de su ensayo: “yo no quise hacer ni ontología ni filosofía del mexicano. Mi libro es un libro de crítica social, política y psicológica” (307).

La investigación de la problemática indígena por su parte se vio impactada por obras como *La democracia en México* (1965) de Pablo González Casanova, en donde el paradigma del colonialismo interno hacía referencia a comunidades indígenas como colonias internas o sociedades colonizadas. En la ficción surgió lo que Carlos Monsiváis llamó la literatura juvenil de la clase media que,

impactada por la contracultura norteamericana, se convirtió en la “literatura de la onda” (“Proyecto” 101). Entre las obras de esta tendencia estuvieron Gustavo Sainz (1940) con *Gazapo* (1965), *Obsesivos días circulares* (1969), *La princesa de El palacio de hierro* (1969) y *Compadre Lobo* (1976). José Agustín Ramírez (1945) con *De perfil* (1966), *Se está haciendo tarde (final en Laguna)* (1973), *La mirada en el centro* (1972) y *El rey se acerca a su templo* (1976). Íntimamente relacionados con esta tendencia literaria estuvo René Avilés Fabila (1940), Parménides García Saldaña (1944-1982) y Juan Tovar (1941). Por su lado, Jorge Ibaranguoita (1928-1983) realizó una parodia de la historia de México con *Los relámpagos de agosto* (1965), *Maten al León* (1969) y más tarde con *Los pasos de López* (1984).

A fines de los sesentas (en pleno régimen diazordacista) y a lo largo de los setentas surgieron editoriales como Joaquín Mortiz, ERA y Siglo XXI. Los sucesos del 68 trajeron a México a escritores como Octavio Paz quien dirigió, de 1971 a 1976, la revista *Plural* y luego, a partir de 1976 *Vuelta*. En el ámbito indigenista, los antropólogos publicaron un texto fundamental: *De eso que llaman antropología mexicana*, libro que reunió ensayos que cuestionaban el indigenismo oficial y las políticas de integración y asimilación del indio. Las posiciones teóricas e ideológicas de los antropólogos que participaron en este texto ya habían sido puestas a discusión en el Sexto Congreso Indigenista Interamericano celebrado en Pátzcuaro, Michoacán en abril de 1968. Con el tiempo, este Congreso se convertiría en un parteaguas en el debate sobre el rol de los pueblos indios en la construcción nacional. Cabe mencionar que entre los asesores técnicos de la delegación mexicana en Michoacán se encontraba el destacado antropólogo Guillermo Bonfil Batalla, quien participó en la redacción del “Acta Final”. En esta Acta, los participantes del Congreso realizaron una serie de recomendaciones pidiendo respeto para las comunidades indias y planteando propuestas concretas que incluían los sistemas de poblamiento, la problemática económica, la educación, la diversidad lingüística, salud, etc.

Para entonces, Carlos Monsiváis publicó *Días de Guardar* (1970) y Elena Poniatowska *La noche de Tlatelolco* (1971). Al mismo tiempo Julio Scherer García, director de *Excélsior*, ofrecía a Octavio Paz la

dirección de la revista cultural, ya mencionada antes, *Plural*. Daniel Cosío Villegas, por su parte, publicó el ensayo *El estilo personal de gobernar* (1974) y la presencia de los narradores llamados “urbanos” retomaron en su obra las colonias populares, los barrios “bajos”, personajes obreros, campesinos o indígenas, etc. Es decir, de alguna manera la literatura desde sus diferentes estilos y tipos, empezó a reconocer y a transparentar, y esto es fundamental, la pluralidad de las identidades sociales.

Mientras tanto, dos posiciones encontradas dividieron a los estudiosos de la cuestión indígena. Por un lado, los antropólogos críticos y por el otro los etnomarxistas. Los protagonistas fueron Guillermo Bonfil Batalla (“Lo propio y lo ajeno, una aproximación al problema del control cultural”), Rodolfo Stavenhagen (*La cultura popular*), Héctor Díaz Polanco (*Autonomía regional: la autodeterminación de los pueblos indios*) y Guillermo López y Rivas (*Nación y pueblos indios en el neoliberalismo*).

Además, una muestra de los nuevos tiempos fue la primera manifestación civil pública de la comunidad gay mexicana al finalizar la década de los setenta. En ese entonces Luis Zapata y José Joaquín Blanco escribieron novelas donde abordaron el tema de las preferencias sexuales. La comunidad gay mexicana adoptó como su manifiesto el texto “Ojos que da pánico soñar”, que apareció en el libro *Función de medianoche: ensayos de literatura cotidiana* de Blanco. De esta manera, los escritores mostraron el rostro de una nación caracterizada por la pluralidad de identidades, con lo que el mito de la identidad como esencia quedó prácticamente sin sustento.

A fines de los setentas y durante los ochentas, al calor de los acontecimientos nacionales e internacionales del momento, intelectuales como Carlos Monsiváis y Octavio Paz debatieron en torno a la política y la cultura en México y el mundo: la URSS, Cuba, el sandinismo, el FMLN, las dictaduras sudamericanas, la globalización y los localismos, las identidades nacionales, la posmodernidad, los medios masivos de comunicación, etc. Cronistas como José Joaquín Blanco, por su parte, se ocuparon de los nuevos espacios creados por la modernidad y la globalización. Nació la revista *Nexos* y

Carlos Monsiváis dirigió –hasta 1986– el suplemento de la revista *Siempre!* titulado *La cultura en México*.

En los ochentas, durante el régimen de Miguel De la Madrid, ocurrieron dos grandes catástrofes: las explosiones en San Juanico (19 de noviembre de 1984) y un terremoto en la ciudad de México (19 de septiembre de 1985). Fue justamente cuando hubo una nueva irrupción de la sociedad civil. Entonces pasaron a la escena nacional diversas organizaciones no gubernamentales defensoras de causas que hasta entonces no formaban parte del imaginario social mexicano: los derechos humanos, las reivindicaciones feministas, la diversidad sexual, los contagiados con el VIH/SIDA, los jóvenes de las grandes urbes, los emigrantes del campo a la ciudad y a la frontera norte, etc. Además, por primera vez las organizaciones civiles y partidos políticos ofrecieron una masiva resistencia frente a lo que consideraron fraude electoral en las elecciones presidenciales de 1988.

Finalmente, como ya decíamos, en 1994 dos perspectivas de nación quedaron frente a frente: la política globalizadora del estado mexicano a través del Tratado de Libre Comercio *versus* la autonomía indígena defendida por las comunidades indias chiapanecas. Se trató de un debate abierto, profundo y frontal sobre la identidad y con ello se abrió un nuevo parteaguas en la historia del país que marcó definitivamente el imaginario social.

En suma, en México la querrela por la nación es al mismo tiempo el debate por definir las identidades. La literatura, a través del ensayo, el artículo periodístico, la novela, el cuento, etc. debatió el tema con una especie de “sensibilidad ante los cambios”, dice Enrique Krauze en “Apuntes para una biografía de *Vuelta*”. El breve recorrido histórico que hemos realizado muestra, someramente, el resquebrajamiento de la idea de nación de los años sesentas hasta mediados de los noventas. El concepto de identidad entonces es un instrumento de explicación, pues, como dice Gilberto Giménez en “Materiales Para Una Teoría De Las Identidades Sociales”, permite entender, dar sentido y reconocer a la acción y a la interacción social; además explica los conflictos sociales porque en el fondo lo que está realmente en juego, son precisamente las identidades (71).

A fin de cuentas, la literatura, en sus diversas modalidades, es el espacio donde se ha debatido y debate sobre el tema y en este sentido la práctica literaria es, además de estética, práctica política.

Bibliografía

- Arreola, Juan José. *Confabulario*. México: Universidad Autónoma de México, 1952.
- . *La feria*. México: Joaquín Mortiz, 1964.
- Beverly, John. “Prólogo.” *La articulación de las diferencias o el síndrome de maximon*. Guatemala: Palo de Hormigo, 2000.
- Blanco, José Joaquín. *Función de medianoche: ensayos de literatura cotidiana*. México: Era, 1981.
- Bonfil Batalla, Guillermo. “Lo propio y lo ajeno: una aproximación al problema del control cultural.” *Política Cultural para un País Multiétnico*. Eds. Rodolfo Stavenhagen y Margarita Nolasco. México: Secretaría de Educación Pública, 1988.
- Bonfil Batalla, Guillermo, Margarita Nolasco, Arturo Warman, et al. *De eso que llaman antropología mexicana*. México: Nuestro Tiempo, 1970.
- Cosío Villegas, Daniel. *El estilo personal de gobernar*. México: Joaquín Mortiz, 1974.
- Díaz Polanco, Héctor. *Autonomía regional: la autodeterminación de los pueblos indios*. México: Siglo XXI, 1996.
- Fuentes, Carlos. *Aura*. México: Era, 1964.
- . *La muerte de Artemio Cruz*. México: Fondo de Cultura Económica, 1962.
- . *La región más transparente*. México: Fondo de Cultura Económica, 1972.
- Giménez, Gilberto. “Materiales para una teoría de las identidades sociales.” *Decadencia y auge de las identidades*. Ed. José Manuel Valenzuela Arce. México: Colegio de la Frontera Norte y Plaza y Valdés, 2000. 45-78.
- González Casanova, Pablo. *La democracia en México*. México: Era, 1977.

- Ibarguengoitia, Jorge. *Los pasos de López*. México: Océano, 1984.
- . *Los relámpagos de agosto*. La Habana: Casa de las Américas, 1964.
- . *Maten al león*. México: Mortiz, 1969.
- Krauze, Enrique. “Apuntes para una biografía de Vuelta.” *Vuelta* 265 (1998): 11-15.
- López y Rivas, Gilberto. *Nación y pueblos indios en el neoliberalismo*. México: Plaza y Valdés, 1995.
- Martínez, José Luis. *La literatura mexicana del siglo XX*. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1995.
- Monsiváis, Carlos. “Proyecto de periodización de la historia cultural de México.” *Texto Crítico* (1975): 91-102.
- . *Días de Guardar*. México: Era, 1971.
- Paz, Octavio. “Chiapas: hechos, dichos, gestos.” *Vuelta* (1974): 55-57.
- . *El laberinto de la soledad*. New York: Penguin Ediciones, 1997.
- Pérez Ruiz, Maya Lorena. “El estudio de las relaciones interétnicas en la antropología mexicana.” *Los estudios culturales en México*. Ed. José Manuel Valenzuela Arce. México: Fondo de Cultura Económica, 2000. 116-207.
- Poniatowska, Elena. *La noche de Tlatelolco*. México: Era, 1971.
- Ramírez, José Agustín. *De perfil*. México: Mortiz, 1976.
- . *El rey se acerca a su templo*. México: Grijalbo, 1978.
- . *La mirada en el centro*. México: Mortiz, 1977.
- . *Se está haciendo tarde (final en laguna)*. México: Mortiz, 1973.
- Ramos, Samuel. *El perfil del hombre y la cultura en México*. México: Robredo, 1938.
- Revueltas, José. *El apando*. México: Era, 1971.
- . *Los errores*. México: Era, 1979.
- . *México 68: Juventud y revolución*. México: Era 1978.
- Rulfo, Juan. *Pedro Páramo*. La Habana: Casa de las Américas, 1968.
- . *El llano en llamas*. México: Fondo de Cultura Económica, 1980.
- Sainz, Gustavo. *Compadre lobo*. México: Grijalbo, 1977.
- . *Gazapo*. New York: Farrar, Straus and Giroux, 1968.

- . *La princesa de El palacio de hierro*. México: Joaquín Mortiz, 1974.
- . *Obsesivos días circulares*. México: Joaquín Mortiz, 1969.
- Stavenhagen, Rodolfo. *La cultura popular*. México: Secretaría de Educación Pública, 1984.
- Trigo, Abril. "General Introduction." *The Latin American Cultural Studies Reader*. Ed. Alicia Ríos Ana Del Sarto, Abril Trigo. Durham: Duke University Press, 2004. 1-14.
- . "The 1990s: Practices and Polemics within Latin American Cultural Studies. Introduction." *The Latin American Cultural Studies Reader*. Ed. Alicia Ríos, Ana del Sarto, Abril Trigo. Durham: Duke UP, 2004. 347-73.
- Yañez, Agustín. *Tres cuentos*. México: Joaquín Mortiz, 1969.